# CAPÍTULO DECIMOCTAVO

Hurtado de Mendoza: exploración de la región del sur hasta Chiloé. Captura y muerte de Caupolicán; fundación de nuevas ciudades (1558-1559)

1. Don García Hurtado de Mendoza emprende la exploración de los territorios del sur. 2. Los araucanos, engañados por un indio traidor, atacan Cañete y son rechazados con gran pérdida. 3. Marcha de los españoles al través de los bosques del sur: descubrimiento del archipiélago de Chiloé. 4. Practicado el reconocimiento de esa región, don García da la vuelta al norte y funda la ciudad de Osorno; injusticias cometidas contra los antiguos encomenderos de Valdivia. 5. Proclamación de Felipe II como rey de España; don Alonso de Ercilla y don Juan de Pineda condenados a muerte por el Gobernador, y luego indultados. 6. Captura y muerte de Caupolicán. 7. Batalla de Quiapo. 8. Repoblamiento de Arauco y de Angol.

### Don García Hurtado de Mendoza emprende la exploración de los territorios del sur

Dos meses de combates casi diarios en los alrededores de Cañete habían hecho creer a don García que aquellos indios eran indomables; pero confiado en el poder de las armas españolas, pensaba también que los frecuentes desastres que había sufrido el enemigo lo habían reducido casi a la impotencia, y que bastaban pequeñas guarniciones para mantener tranquilas esas localidades. Los últimos triunfos de sus soldados robustecieron esta convicción.

El Gobernador, por otra parte, ardía en deseos de partir para la región del sur. Quería visitar los establecimientos que allí tenían fundados los españoles y consolidar la conquista en esa parte, dilatándola más allá todavía de los territorios que en años atrás habían explorado Valdivia y sus capitanes. En el campamento español se hablaba con entusiasmo de la riqueza de ese país, donde, según se decía, abundaban los lavaderos de oro, y había indios más sumisos y dispuestos al trabajo de las minas. Don García esperaba hallar allí un teatro de gloria para su nombre de conquistador y un campo abundante para premiar los servicios de sus capitanes.

Por otra parte, los indios del sur de Valdivia comunicaban que en las costas más australes de Chile se habían visto algunos buques europeos, cuyo número hacían subir a siete u ocho. Probablemente, esta noticia tenía su origen en la expedición del piloto Ladrillero, enviada por el mismo don García a reconocer el estrecho de Magallanes; pero se exageraba tanto el número de las naves, que el Gobernador llegó a persuadirse de que eran portugueses que pensaban establecerse en los dominios españoles. Dando cuenta de sus sospechas sobre el particular, el Gobernador, con aquella arrogancia castellana tan frecuente entre los capita-

nes de ese siglo, escribía al Rey que estaba dispuesto a marchar al sur y a arrojar de esa región a los extranjeros, "para que sepan, agregaba, que en cualquier tiempo y parte tiene V.M. criados y vasallos que saben bien defender su tierra, pues tengo aquí soldados y municiones no solamente para echar de ahí la armada del rey de Portugal, pero la de Francia que estuviera con ella".

A fines de enero de 1558, don García, persuadido de que por entonces los indios no se hallaban en estado de acometer nuevas empresas militares, se dispuso para marchar al sur con el mayor número de sus tropas. Confió el mando de Cañete y de su comarca al capitán Alonso de Reinoso, puso bajo sus órdenes una reducida guarnición que, sin embargo, se consideraba suficiente para su defensa, y le dejó víveres para dos meses. Reinoso debía no sólo conservar la tranquilidad de la comarca contra las agresiones de los indios sino atender al establecimiento definitivo de la ciudad.

El Gobernador emprendió su viaje atravesando la cordillera de la Costa por la cuesta de Purén, y recorriendo enseguida el valle central hasta las márgenes del Cautín y la ciudad de la Imperial. En toda su marcha no halló la menor resistencia de parte de los indios que parecían vivir en la más completa tranquilidad. En la Imperial comenzó a ocuparse en los trabajos administrativos para poner orden en la desorganización consiguiente al abandono en que aquella ciudad había estado durante cuatro años de incomunicación casi absoluta con el resto de la colonia<sup>2</sup>.

### Los araucanos, engañados por un indio traidor, atacan Cañete y son rechazados con gran pérdida

Apenas instalado en la Imperial, y cuando sus tropas no habían tomado aún el descanso necesario ni se habían repuesto de las miserias de los días anteriores, supo don García que los indios de las inmediaciones de Cañete estaban otra vez sobre las armas, y que amagaban de nuevo la ciudad. En el acto dispuso que el capitán don Miguel de Velasco y Avendaño partiese por los caminos de la costa con treinta soldados a reforzar la guarnición de Cañete. Caminando sin descanso de noche y de día, y con no pocas alarmas por la actitud de los indios, este destacamento entró a la ciudad a tiempo de prestar muy útiles servicios<sup>3</sup>.

En efecto, los indios se mantenían en pie de guerra en las inmediaciones de Cañete. Impuestos por sus espías de que el Gobernador había partido para el sur y de que esa ciudad

¹ Carta de Hurtado de Mendoza al Rey, escrita en Cañete el 10 de enero de 1558. Esta carta, muy poco noticiosa sobre los sucesos de la conquista, se refiere principalmente a los proyectos que abrigaba don García. El original se encuentra, no en el Archivo de Indias de Sevilla, sino en el de Simancas, donde fue dejado en un legajo de papeles de estado, marcado con el número 130. En 1855 fue publicada en Madrid en el tomo xxvi, pp. 217-220, de la Colección de documentos inéditos para la historia de España.

<sup>2</sup> Ercilla, canto xxx, est. 31.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Ercilla, canto xxx, est. 32 y 33. El insigne poeta, que había salido de Cañete con el Gobernador, formaba parte de este destacamento, y pudo ser testigo y actor de los sucesos que pasamos a referir. Góngora Marmolejo, cap. 28, dice que el refuerzo enviado por don García, era de 60 hombres mandados por don Miguel de Velasco y Avendaño. Mariño de Lobera, lib. II, cap. II, le da 80 hombres y por jefe a Gabriel de Villagrán, todo lo cual reproduce fielmente Suárez de Figueroa. Ercilla dice sólo 30 hombres y no nombra a su jefe. La relación citada del licenciado Ronquillo da igualmente 30 hombres al socorro enviado de la Imperial, y menciona a Avendaño como su capitán.

quedaba con una escasa guarnición, habían concebido el plan de apoderarse de ella. En los momentos en que llegaba ese refuerzo, Reinoso tenía tendido un lazo a los indios de guerra, y se preparaba para darles un golpe tremendo el día siguiente. Los auxiliares que acababa de recibir iban, pues, a tener una buena oportunidad para desenvainar sus espadas.

Un indio yanacona, que los contemporáneos nombran alternativamente Andresillo y Baltasar, salía con frecuencia de la ciudad en servicio de los conquistadores. Cortaba leña en el bosque, segaba pasto para los caballos y llevaba la vida miserable de los esclavos. En esas frecuentes salidas solía verse con los indios de guerra, e instado por éstos para que abandonara el servicio de los españoles, Andresillo concibió un plan de la más negra perfidia con que esperaba, sin duda, alcanzar su libertad. Ofreció al capitán Reinoso atraer por engaño a la plaza de Cañete el mayor número posible de guerreros araucanos, haciéndoles creer que de un solo golpe podrían concluir con toda la guarnición española. Cuenta Reinoso que en el primer momento dudó de la sinceridad de Andresillo; pero conociendo su astucia y su inclinación por toda especie de fraudes, lo alentó en sus propósitos haciéndole los más lisonjeros ofrecimientos si llevaba las cosas a buen término.

Andresillo, en efecto, salió libremente de la ciudad. Fue a buscar las juntas de indios enemigos para alentarlos a caer de sorpresa sobre Cañete. Demostroles que esta empresa no presentaba ninguna dificultad si se elegía una hora oportuna para el asalto. Los españoles, según él, tenían la costumbre de pasar la noche en vela y sobre las armas para estar prevenidos contra cualquier ataque del enemigo; pero a mediodía, rendidos por el insomnio y fatigados por el calor, se entregaban al descanso dejando la ciudad completamente indefensa. Andresillo aseguraba a los suyos que odiando profundamente a los opresores de su raza, deseaba su exterminio y estaba dispuesto a contribuir a él preparando un ataque que no podía dejar de producir el más completo triunfo.

Los indios se dejaron persuadir por los discursos de Andresillo. Se ha contado que queriendo éstos comprobar la verdad de aquellas revelaciones, acordaron que uno de los suyos, fingiendo querer vender a los españoles la fruta que llevaba en un canasto, visitase la fortaleza a la hora conveniente para el asalto. El traidor Andresillo facilitó este reconocimiento para acabar de desterrar toda desconfianza del ánimo de los indios. Reinoso, por su parte, preparaba con el mayor esmero la ejecución de los menores detalles de aquel plan. El emisario volvió al campo enemigo satisfecho de todo lo que había visto. No cabía duda de que a mediodía los españoles se entregaban al descanso, completamente desprevenidos para rechazar un asalto repentino e impetuoso. Quedó convenido entre los bárbaros el momento en que debían llevarlo a cabo. Fue tan ciega su confianza en la suerte de la sorpresa que iban a ejecutar que, aunque indudablemente supieron que en la noche anterior los españoles habían recibido el refuerzo enviado de la Imperial, no desistieron de su propósito.

El capitán Reinoso, tan activo como resuelto, tomaba, entretanto, todas las disposiciones necesarias para aplicar a los indios un terrible castigo. Cargó sus cañones, distribuyó convenientemente sus arcabuceros, mandó que su caballería estuviese lista para la persecución de los fugitivos, y dispuso que las puertas de la fortaleza quedasen abiertas, y sin un solo soldado para su defensa. Bajo aquellas apariencias de abandono todo el mundo estaba sobre las armas en el campamento español.

A la hora convenida, los indios ocultos hasta ese momento en las laderas vecinas a la ciudad, cayeron sobre ella a carrera precipitada y en el mayor silencio, queriendo impedir que se diese la alarma. Nada les hacía presumir el peligro que los amenazaba; pero al embo-

car por las puertas de la fortaleza, truena la artillería, rómpense los fuegos de arcabuz; y las balas, cayendo sin perderse una sola, en los apiñados escuadrones de bárbaros, hacen en ellos la más espantosa carnicería, y siembran el campo de cadáveres y de miembros humanos<sup>4</sup>. No hubo un solo tiro que se perdiese ni nunca se vio morir tantos hombres con una sola descarga, dice un testigo presencial. Ercilla compara los estragos a la explosión de una mina; pero sus horribles destrozos no bastaron para hacer retroceder a los impertérritos guerreros araucanos. Apenas repuestos de la primera sorpresa, volvieron al ataque sedientos de sangre y de venganza. Las nuevas descargas de los cañones y de los arcabuces de la plaza los desorganizan otra vez a tiempo que la caballería, cargando impetuosamente, viene a aumentar la matanza y a producir la dispersión. Perseguidos en el campo, muchos perecen en las puntas de las lanzas o bajo el filo de las espadas. "Sólo escaparon, dice un antiguo cronista, los que tuvieron buenos pies ligeros". De los prisioneros tomados en la jornada, trece que parecían jefes, fueron condenados a muerte y ejecutados sin compasión. Se les amarró en hilera, y una descarga de artillería acabó con ellos<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> Ercilla ha descrito esta matanza en los valientes versos que siguen, canto xxxII, ests. 7 y 8.

"¿Quién podrá referir el grave daño, La espantosa y tremenda artillería, El nublado de tiros turbulento Que descargó de golpe en un momento?

"Unos vieran de claro atravesados,
Otros llevados la cabeza y brazos,
Otros sin forma alguna machucados,
Y otros barrenados de picazos:
Miembros sin cuerpo, cuerpos desmembrados,
Lloviendo lejos, trozos y pedazos,
Hígados, intestinos, rotos huesos,
Entrañas vivas y bullentes sesos".

<sup>5</sup> Este dramático combate, y la traición que lo preparó, han sido contados con poca diferencia en los detalles por la crónica de Mariño de Lobera, lib. II, cap. II; por Góngora Marmolejo, cap. 28, y por don Alonso de Ercilla en los cantos xxxI y xxxII. La relación de este insigne poeta, hermoseada con el más rico colorido, tiene, además, otro mérito: revela un alma grande que condena caballerescamente la traición y que recomienda la clemencia con acentos que parecen salir del corazón. Suárez de Figueroa que, en todo lo que se refiere a Chile en sus *Hechos de don García Hurtado de Mendoza*, sigue casi invariablemente la crónica de Mariño de Lobera, reproduce, sin embargo, en esta parte de su libro una carta del capitán Reinoso al Gobernador, en que le da cuenta de todos estos sucesos. Pero, aunque todo hace creer que Suárez de Figueroa tuvo a la vista la carta original entre los papeles de familia de don García, es indudable que por una licencia que solían tomarse los historiadores de su siglo, modificó su redacción dándole formas literarias enteramente análogas a las de su libro y que no son en manera alguna las de un soldado.

En ninguna de las relaciones auténticas hay la menor indicación de la fecha en que tuvo lugar este combate. La reproducción fiel y completa de la carta de Reinoso habría podido resolver esta duda; pero ni Suárez de Figueroa ni los cronistas anteriores daban mucha importancia a la cronología. Leyendo con mucho detenimiento a Ercilla, y cotejando sus escasas indicaciones cronológicas con las fechas perfectamente conocidas, puede decirse, sin temor de equivocarse mucho, que el asalto de Cañete tuvo lugar en los últimos días de enero o en los primeros de febrero de 1558.

Otra duda histórica. ¿Quién mandaba a los indios en esta jornada? Caupolicán, dice el mayor número de los historiadores posteriores, explicando que el traídor Andresillo se entendió con él para incitarlo a caer sobre la ciudad. Sin embargo, ni la carta de Reinoso ni las crónicas contemporáneas de Mariño de Lobera y de Góngora Marmolejo nombran para nada a Caupolicán en estos sucesos. Sólo Ercilla, que es el que ha dado más cuerpo a la personalidad de este caudillo para convertirlo en héroe de epopeya, refiere que estuvo en negociaciones con

Reinoso había creído que este tremendo castigo iba a aterrorizar definitivamente a los indios, haciéndoles reconocer su impotencia para resistir por más largo tiempo a la dominación de los conquistadores. No sucedió así, sin embargo. Indóciles y rebeldes a toda sujeción, quedaron vagando en los bosques en pequeñas partidas, y matando a los soldados dispersos que encontraban en sus correrías. De Cañete salieron diversos destacamentos en persecución de los indios para acabar de dispersarlos. Recorrían los campos de día y de noche; pero el enemigo burlaba diestramente a sus perseguidores, y esas campeadas no daban el resultado apetecido<sup>6</sup>.

### Marcha de los españoles al través de los bosques del sur: descubrimiento del archipiélago de Chiloé

El Gobernador se hallaba, entretanto, en la Imperial. Creyendo, sin duda, que el desastre sufrido por los indios era más trascendental, se resolvió a seguir su viaje a la región austral que quería reconocer. En Valdivia fue recibido con gran acatamiento, y pasó algunos días ocupado en los trabajos administrativos. Allí también los indios, aunque mucho menos belicosos que los que vivían en los alrededores de Cañete, resistían cuanto les era dable la dominación de los conquistadores. Pocos días antes del arribo de don García, habían dado muerte a dos españoles que habían salido al campo a preparar su recibimiento. El nuevo Gobernador de la ciudad, el capitán Diego García de Cáceres, tuvo que emprender su persecución con una partida de jinetes<sup>7</sup>. Este accidente revelaba que la dominación española no podía mantenerse en toda esa región sino con fuertes destacamentos en cada ciudad, y que aun así esos destacamentos no eran dueños más que del terreno que pisaban. Pero el Gobernador tenía tanta confianza en el poder de sus recursos militares, que no soñaba más que en mayores conquistas y en nuevas fundaciones de ciudades.

Dirigiéndose primero hacia la cordillera, don García fue a visitar Villarrica. Los antiguos vecinos de esta ciudad habían vivido desde su despoblación, en 1554, asilados en la Imperial. Temerosos de que les cupiera igual suerte que a los de Concepción, esto es, que el

Andresillo, y en los sumarios de sus cantos más que en el texto mismo, dice que Caupolicán dirigió el ataque. En la estrofa 21 del canto xxxII, añade

"que no venía
Capitán ni cacique señalado,
Visto que el general usado había
De fraude y trato entre ellos reprobado;
Diciendo ser vileza y cobardía
Tomar al enemigo descuidado,
Y victoria sin gloria ni alabanza
La que por bajo término se alcanza".

Con esta ficción poética, Ercilla ha revestido a los guerreros araucanos de sentimientos completamente falsos ante la luz de la historia, haciéndolos aparecer como paladines de los libros de caballerías.

<sup>&</sup>lt;sup>6</sup> Ercilla, que se ocupó en esas campeadas en los días subsiguientes al asalto de Cañete, ha dado cuenta de ellas en las estrofas 27-31 del canto xxxII. Poco después partió al sur a juntarse a don García, lo que le permitió tomar parte en la exploración de la región austral, que ha referido más adelante.

Mariño de Lobera, lib. II, cap. 9; Góngora Marmolejo, cap. 29.

Gobernador los condenase a perder sus encomiendas por haberlas desamparado en el momento de la rebelión sin tratar de defenderlas de los indios, volvieron a establecerse allí, y en esas circunstancias comenzaban a reconstruir sus habitaciones. No se demoró mucho tiempo aquí don García. Atravesando el valle de Villarrica, llegó al lago de Ranco, conocido entonces por los españoles con el nombre de Valdivia; y al comenzar la segunda mitad de febrero emprendió desde allí su marcha por caminos que ningún europeo había explorado hasta entonces<sup>8</sup>.

De las ciudades del sur habían acudido numerosos soldados españoles a engrosar la columna expedicionaria. La esperanza de descubrir regiones en que "hallar qué comer", como se decía entonces, debía influir en el ánimo de muchos de los aventureros que corrían a tomar parte en esa jornada; pero otros iban movidos, como don Alonso de Ercilla, por el deseo de ver tierras nuevas y desconocidas. Don García llegó a tener a su lado cerca de doscientos hombres.

Jamás los conquistadores de Chile habían acometido una empresa más difícil y penosa que esta expedición. Apenas apartados de aquel lago, entraron en la región de las selvas impenetrables, donde no había sendero alguno, y donde cada paso imponía las mayores fatigas a los expedicionarios. Bosques tupidos de árboles gigantescos, fuertes enredaderas enlazadas entre sus ramas y espesos matorrales en que crecen sobre todo los coligües (chusquea) que obstruyen el camino y desgarran los vestidos del viajero, obstaculizan a cada instante su marcha. El suelo accidentado y disparejo, surcado por ríos o arroyos de penoso paso, estaba, además, cubierto en sus partes bajas de grandes y numerosos pantanos en que los hombres y los caballos se atollaban a cada rato. Estas dificultades, ordinarias y constantes en aquella región, eran mucho mayores en ese momento. El invierno de 1557, como se recordará, había sido excepcionalmente lluvioso. La humedad conservada por el espeso follaje de los árboles y por la temperatura templada que limita la evaporación, y mantenida por las frecuentes lluvias que caen en el verano, convertía grandes extensiones de esos terrenos bajos en charcos y lodazales.

Nada, sin embargo, podía enfriar el ardoroso entusiasmo del Gobernador. Guiados por el curso del sol, los expedicionarios se iban abriendo paso durante algunos días por entre riscos desprendidos de las alturas vecinas. Al romper la marcha, llevaron por guías algunos indios que habían tenido interés en extraviarlos, y que luego tomaron la fuga dejando abandonados a los expedicionarios en un lugar en que era igualmente difícil retroceder que pasar adelante<sup>9</sup>. El cuarto día de marcha por entre bosques desiertos y escabrosos, los españoles

"Caminamos sin rastro algunos días, De sólo el tino por el sol guiados, Abriendo pasos y cerradas vías Rematadas en riscos despeñados; Las mentirosas fugitivas guías Nos llevaron por partes engañados, Que parecía imposible al más gigante Poder volver atrás ni ir adelante".

<sup>8</sup> Ercilla, obedeciendo a sus gustos cosmográficos, fija esta fecha recordando que el sol entraba en la constelación del Pez. Véase el canto xxxv, est. 11.

<sup>&</sup>lt;sup>9</sup> La Araucana de Ercilla, único documento seguro para conocer esta expedición, dice lo que sigue, canto xxxv, est. 10:

encontraron una tribu de indios miserables que se presentaban en son de amigos. Trataron de persuadir a los expedicionarios a que se volviesen atrás, demostrándoles que el país en que querían penetrar era pobre y desprovisto de alimentos, y que sólo hallarían una sierra tras otra, y bosques interminables y deshabitados. Aunque la apariencia de aquellos salvajes parecía confirmar esta relación, don García y sus compañeros pensaron que se les quería engañar con una miseria fingida, y resolvieron seguir adelante. Los indios los acompañaron dos jornadas; pero al volverse atrás, se quedó uno de ellos con los españoles para servirles de guía.

Los expedicionarios marchaban mecidos por las más lisonjeras ilusiones. "Los cerros, los montes, las asperezas y riscos del camino, dice Ercilla, parecían senderos fáciles y llanos". Viajaban por entre cumbres, hondos valles y ásperas cordilleras, formando proyectos quiméricos de conquista que les hacían sobrellevar alegres todos los sufrimientos. El indio que les servía de guía les había hecho concebir la esperanza de llegar pronto a una región menos inhospitalaria; pero al amanecer del cuarto día desapareció dejando a los españoles perdidos en las selvas y con sus provisiones próximas a concluirse. Otros hombres se habrían creído perdidos en aquel desamparo. Don García y los suyos resolvieron hacer frente a todas las penalidades futuras de la campaña, continuando imperturbables su marcha hacia el sur.

Allí, sin embargo, comenzaron las mayores dificultades del camino. "Jamás la naturaleza, dice Ercilla, amontonó tanto estorbo para impedir el paso del hombre". Los arcabucos o bosques eran cada vez más espesos, y los breñales más ásperos. Los soldados tenían que cortar con hachas y machetes las ramas de los árboles para abrirse paso, y que romper a veces con picos y azadones las peñas y los matorrales para que los caballos pudieran asentar el pie con seguridad. El cielo mismo parecía conjurado contra ellos. Ocurrieron días nublados en que faltaba la luz en la tupida selva; sobrevinieron tempestades de lluvia y de granizo que lo empapaban todo, las ropas y el suelo. La gente y las bestias se atascaban a cada paso en los pantanos. A pesar de todo, aquellos hombres de fierro, con sus manos y sus pies cubiertos de dolorosas lastimaduras, con sus vestidos desgarrados en los matorrales del camino, con el calzado roto por los riscos y los troncos de los árboles, extenuados ellos mismos por el hambre y la fatiga, bañados en sudor, en sangre y en lodo, según la propia expresión de Ercilla, anduvieron todavía siete días en las selvas sin tener un lugar seco y descubierto en que reclinar sus estropeados cuerpos. Al fin, una mañana límpida y despejada, como las que suelen seguirse en aquellos lugares a los días de sombrías tempestades, los españoles divisaron desde una altura un pintoresco archipiélago, y al pie del monte y de la

La crónica de Mariño de Lobera, lib. II, cap. 10, refiere que don García hizo ahorcar a un cacique y a otros indios que los habían extraviado en su marcha. El hecho no es en manera alguna improbable; pero no está contado por Ercilla.

Refiere igualmente esa crónica que a poco de comenzada esta marcha, y antes de encontrar las mayores dificultades de la jornada, los españoles llegaron "a un gran lago cerca de la costa, donde entra un río muy caudaloso llamado Purailla", que después de algunos afanes, pasaron en piraguas de los indios. Algunos geógrafos modernos que conocieron esta indicación por el libro de Suárez de Figueroa, donde estas noticias tienen una redacción diferente, han creído que el río Purailla es el que nosotros llamamos Maullín; pero los datos consignados en la crónica no coinciden con la situación de este río. Ercilla, por otra parte, no habla de ningún río caudaloso en toda la descripción que hace de esta marcha.

áspera ladera que pisaban, se extendía un hermoso golfo. Los castellanos cayeron de rodillas para dar gracias al cielo por haber llegado sanos y salvos a aquel paraje donde esperaban hallar el término de sus sufrimientos. Era el 24 de febrero de 1558, segundo día de cuaresma, llamado entonces comúnmente la Cananea. Por esta circunstancia, los exploradores denominaron a aquellas islas archipiélago de la Cananea, nombre que fue completamente olvidado muy poco después<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Aun cuando don García Hurtado de Mendoza ha dado cuenta de este viaje en algunas de sus cartas o relaciones, y aun cuando se hace referencia a él en otros documentos de ese tiempo, todas las noticias consignadas en esas piezas son de tal manera vagas y generales que casi se limitan a decir en globo que fue preciso soportar muchos padecimientos para llegar hasta el archipiélago de Chiloé. No se busquen allí indicaciones geográficas o cronológicas porque no se hallará nada de eso. En cambio, nos queda la relación consignada por Ercilla en los cantos xxxiv, xxxv y xxxvi de La Araucana y, aunque menos precisa en sus indicaciones de lo que son otros pasajes del ilustre poeta, constituye un documento de gran importancia, y de tanto más valor cuanto que es la única fuente auténtica que contenga algunos pormenores y detalles. Por esta razón la hemos seguido fielmente, reproduciendo con frecuencia sus mismas palabras.

¿Cuál fue el itinerario que siguió don García desde Villarrica hasta el archipiélago de Chiloé? La lectura atenta de Ercilla y el cotejo constante de su relación con todos los documentos geográficos de que hemos podido disponer, y que son muy abundantes, nos inclina a creer que los expedicionarios de 1558, extraviados intencionalmente por los indios que debían guiarlos, hicieron su viaje por las faldas de los Andes, bordeando en largos trechos las orillas occidentales de los grandes lagos. Vamos a dar las razones de esta hipótesis histórico-geográfica, seguros de que algunas de ellas a lo menos habrán de parecer de verdadero peso.

1ª Los expedicionarios partieron de Villarrica, como lo dice expresamente Ercilla, es decir, casi de las faldas mismas de la cordillera, y siguieron su viaje al sur por lugares enteramente diversos a los que había reconocido la expedición de Villagrán cuando trataba en 1554 de fundar una ciudad donde hoy existe Osorno. Ercilla dice que la expedición de don García caminaba por un mundo nuevo.

2º Si el viaje de don García se hubiera hecho por el valle central, habría encontrado en el camino cuatro grandes ríos: el Bueno, el Pilmaiquén, el Ralhue y el Maullín, cuyo paso no puede hacerse a vado después que sus caudales respectivos se han engrosado con numerosos afluentes. Ercilla no habla una sola palabra de ríos caudalosos en toda esta marcha. En cuanto al Purailla, de que habla la crónica de Mariño de Lobera, las noticias que acerca de él consigna, colocándolo en la primera parte del camino y suponiendo que desemboca en un lago, más que al Maullín, como lo han creído algunos geógrafos, parece referirse a alguno de los ríos que forman el lago de Riñihue. Caminando los expedicionarios de 1558 por las faldas de los Andes, y a largos trechos por las orillas occidentales de los grandes lagos, no han debido encontrar serias dificultades en el paso de los ríos, porque allí éstos no tienen un caudal de agua que los haga intransitables, como sucede un poco más abajo cuando se han engrosado con nuevos afluentes.

3º En toda su descripción, Ercilla habla de cerros, de montañas, de cordilleras, de hondos valles; y estas circunstancias no pueden razonablemente aplicarse a las ondulaciones y accidentes que se hallan en el valle central del territorio de esa región.

4º La vuelta de los expedicionarios de 1558 se verificó por el valle central. Ercilla tiene cuidado de advertir que este camino es muy diferente del primero.

La fecha precisa del día en que los españoles llegaron a la vista del archipiélago, da lugar también a alguna observación. Dice la crónica de Mariño de Lobera, lib. II, cap. 10: "llegaron el segundo domingo de cuaresma, por cuyo respecto se le puso por nombre el archipiélago de la Cananea, porque en aquel tiempo se leía en la Iglesia el evangelio que trata de ella en la segunda domínica de cuaresma". Ahora bien, el segundo domingo de cuaresma de 1558 fue el 9 de marzo; y mientras tanto Ercilla dice expresamente que después de emplear algunos días en recorrer la costa vecina al archipiélago, los españoles dieron la vuelta al norte el último día de febrero. Esta contradicción de fechas se explica fácilmente. El jesuita Escobar, que dio nueva redacción y nueva forma a la crónica de Mariño de Lobera, olvidó decir que si bien es cierto que se llamaba entonces Cananea al segundo domingo de cuaresma, que también se llama "de reminiscere", se daba el mismo nombre de Cananea al primer jueves de cuaresma, al que sigue inmediatamente al miércoles de ceniza, como puede verse en el Glossaire des dates ou des noms peu connus de certains jours de la semaine et du mois, que forma uno de los tratados prelimi-



EJÉRCITO CONQUISTADOR

Soldado de infantería

## Practicado el reconocimiento de esa región, don García da la vuelta al norte y funda la ciudad de Osorno; injusticias cometidas contra los antiguos encomenderos de Valdivia

Sin tardanza bajaron los expedicionarios al vecino llano para acercarse a las riberas del mar. El campo estaba cubierto de unos arbustos, llamados guñi por los indígenas, cuyas bayas rojizas, la mejor de las frutas silvestres de Chile (la murta o murtilla de los españoles, myrtus uñi de los botánicos) sirvieron para aplacar el hambre de los españoles. Pero apenas llegaron a la playa, tuvieron alimentos más útiles y más variados. Se hallaban entonces en las pintorescas orillas del tranquilo golfo de Reloncaví. Los habitantes de las islas vecinas, indios pacíficos y hospitalarios, acudieron en sus ágiles piraguas a ofrecer generosa y espontáneamente a los españoles todo lo que podían obsequiar, maíz, frutas de la tierra, pescado y carne de guanaco. Ercilla, que observaba las costumbres de los bárbaros con la ardiente fantasía del poeta, que creía descubrir en los feroces y pérfidos araucanos no sólo guerreros denodados que defendían su libertad y su patria con heroísmo incontrastable sino, también, paladines dignos de los libros de caballerías, vio en los humildes isleños de aquel archipiélago, los últimos representantes de aquella quimérica edad de oro pintada en los idilios de la antigüedad clásica. "La sincera bondad de esas gentes sencillas, dice, dejaban ver que la codicia no había penetrado en aquella tierra. El robo, la injusticia y la maldad, fruto ordinario de las guerras, no habían inficionado allí la ley natural". Ercilla, como casi todos los poetas y los filósofos de su tiempo, creía que los conquistadores habían llevado todos los vicios a esas sociedades primitivas en que sólo eran conocidas hasta entonces las sencillas virtudes de una vida patriarcal y llena de poesía11. Esta fantástica manera de estu-

nares de L'art de verifier les dates de los benedictinos franceses. El jueves denominado Cananea de 1558 cayó en 24 de febrero, día que coincide perfectamente con la cronología de Ercilla.

Hemos dicho más arriba que fuera de los cantos citados de *La Araucana* no hay ningún documento que contenga noticias auténticas y medianamente prolijas acerca del viaje de don García Hurtado de Mendoza hasta el archipiélago de Chiloé. El lector puede tal vez dudar de esta aseveración leyendo en el tomo i de los *Documentos* de la obra de don Claudio Gay, pp. 221-225, una relación titulada *Viaje de don García Hurtado de Mendoza al sur de Valdivia i fundacion de Osorno*, que se dice sacada de un libro de apuntes del historiador don José Pérez García. Esa relación es simplemente un fragmento de los *Hechos de Hurtado de Mendoza*, por Suárez de Figueroa, obra escrita y publicada en Madrid en 1613, y que no conoció don Claudio Gay. Es una narración de segunda mano basada sobre lo que a este respecto dice la crónica de Mariño de Lobera, con modificación de la redacción y de algunos accidentes. Esas páginas no pueden figurar en una colección de documentos auténticos.

El licenciado Francisco Cano de Torres, el biógrafo de don Alonso de Sotomayor, ha escrito también una Historia de las órdenes militares, Madrid, 1629, en que ha hecho entrar muchos sucesos de la conquista de América. Refiere en el capítulo 3 del libro III sumariamente las campañas de don García en Chile, y allí cuenta esta expedición tomando todas las circunstancias del relato de Ercilla.

<sup>11</sup> El poeta completa su pensamiento en la octava siguiente, canto xxxvi, est. 14:

<sup>&</sup>quot;Pero luego nosotros, destruyendo
Todo lo que tocamos de pasada,
Con la usada insolencia el paso abriendo,
Les dimos lugar ancho y ancha entrada;
Y la antigua costumbre corrompiendo,
De los nuevos insultos estragada,
Plantó aquí la codicia su estandarte
Con más seguridad que en otra parte".

diar la vida de los salvajes era tan opuesta al propósito de civilizar a los indios como las mismas crueldades ejercidas por los soldados de la conquista.

Aquellos isleños, movidos por la curiosidad que despertaba en ellos la vista de estos extranjeros, de sus ropas y de sus armas, hicieron más todavía para obsequiarlos. Pusieron a su disposición una piragua grande que debía servir a los españoles para explorar las islas y la costa vecinas. Diez españoles se acomodaron en esa embarcación. Iba por jefe de ellos aquel licenciado Jualián Gutiérrez de Altamirano, conocido por su carácter aventurero y emprendedor, que acababa de dejar el gobierno de la ciudad de Valdivia para agregarse a la columna expedicionaria<sup>12</sup>. Don Alonso de Ercilla, deseoso, como dice, de conocer el último término de esta jornada, era uno de los diez exploradores. Prosiguiendo el reconocimiento de la costa occidental de aquel golfo, visitaron tres islas pequeñas; y doblando después al occidente, llegaron hasta la isla grande de Chiloé, donde bajaron a tierra<sup>13</sup>. La exploración había durado tres días: Altamirano y su gente habían desembarcado en varios puntos, y volvían con la noticia de que no había paso alguno para continuar por tierra el viaje proyectado hasta las regiones del estrecho. La columna expedicionaria habría podido llegar a la isla de Chiloé en las piraguas de los indios; pero era imposible transportar los caballos.

Apoderóse de los expedicionarios una gran tristeza al saber esta noticia. Sus ilusiones de aventuras y de conquistas en un país que la imaginación de los exploradores se complacía en representárselo tan rico como ameno, se desvanecían completamente. Pero otro sentimiento contribuía a contristar a los compañeros de don García. Era necesario dar la vuelta y afrontar de nuevo los sufrimientos infinitos que acababan de soportar en su viaje. Llegaron a temer que en este viaje por los horribles senderos que habían recorrido con tantas dificultades, no salvaría un solo hombre con vida<sup>14</sup>. Su situación era tanto más penosa cuanto que

"Aquí llegó donde otro no ha llegado, Don Alonso de Ercilla que el primero En un pequeño barco deslastrado, Con solo diez pasó el desaguadero; El año de cincuenta y ocho entrado Sobre mil y quinientos por febrero A las dos de la tarde, el postrer dia Volviendo a la dejada compañía".

Sin aceptar que esta estrofa haya sido materialmente tallada en el tronco de un árbol, le damos su importancia histórica por cuanto marca con toda seguridad la fecha del día en que se terminó aquella exploración, 28 de febrero de 1558.

<sup>&</sup>lt;sup>12</sup> Siete meses más tarde, en septiembre de 1558, llegaban a estos parajes algunos de los marinos que volvían de la exploración del estrecho, que había dirigido el capitán Ladrillero. Los indios les hablaron de los españoles que habían visitado esa región, y nombraban particularmente a Altamirano. Véase la relación del escribano Goizueta, que tendremos que citar muchas veces al hablar de aquella exploración.

<sup>&</sup>lt;sup>13</sup> Los exploradores desembarcaron en la isla grande de Chiloé, en una playa arenosa entrecortada por espesos bosques. Ercilla cuenta que internándose en la tierra, escribió con su cuchillo en el tronco de un árbol, una estrofa que decía así:

<sup>&</sup>lt;sup>14</sup> Ercilla ha expresado perfectamente estos sentimientos en algunas de sus estrofas del canto xxxvi. Las relaciones de don García, siempre sumarias, secas y descoloridas, no contienen informaciones geográficas, ni dan la menor idea de las fatigas de la expedición, ni de los sentimientos que agitaban a los expedicionarios. He aquí como cuenta esta campaña en la relación sin fecha que hemos citado. "Pasé adelante de los términos de Valdivia, última ciudad que era entonces de aquella gobernación, hacia el estrecho de Magallanes para descubrir y conquistar la

el invierno que tanto se adelanta en aquellas regiones, amenazaba alcanzarlos en su retirada por entre los bosques y lodazales que tenían que atravesar.

En medio del abatimiento que esta perspectiva debía producir en el ánimo de los españoles, un indio joven de aquellas islas se ofreció espontáneamente a guiarlos por otro camino mejor. Emprendieron la marcha por el valle central, atravesando bosques extensos y tupidos, cruzando ríos caudalosos y venciendo obstáculos que, sin embargo, parecían ligeros en comparación de las dificultades vencidas anteriormente<sup>15</sup>. Habiendo atravesado el río Ralhue, que los españoles llamaron de las Canoas, sin duda, por haberse servido para cruzarlo de las embarcaciones de los indios, reconocieron la misma región que Francisco de Villagrán había explorado en 1553 con el designio de fundar una ciudad.

Era este país tan abundantemente poblado que don García calculaba en ochenta mil el número de los indios que habitaban la comarca. Habría bastado esta sola circunstancia para que los españoles pensasen en establecerse en este lugar con la esperanza de obtener buenos repartimientos; pero además de la belleza de los campos, que parecían adaptables a la agricultura y a la ganadería, creyeron hallar los indicios de ricos lavaderos de oro. El 27 de marzo de 1558, el Gobernador echaba allí los cimientos de una ciudad, a la cual daba el nombre de Osorno, en recuerdo del nombre del condado de su abuelo materno don García Hernández Manrique. Señaló ochenta vecinos para la nueva población, instituyó cabildo, repartió la tierra y los indios, y dejando el gobierno de la ciudad y de su distrito en manos del licenciado Alonso Ortiz, siguió su marcha para Valdivia.

En esta última ciudad se detuvo don García hasta pasado la Pascua de Resurrección, es decir, hasta después del 10 de abril. Entre otros asuntos administrativos que allí lo ocuparon, fue uno de ellos la reformación de los repartimientos, nombre que se daba al despojo antojadizo de los que estaban en posesión de encomiendas. El Gobernador quería favorecer a sus amigos y parciales en la distribución de los indios. Pero en Valdivia no podía hacer valer las razones que había alegado para quitar sus encomiendas a los antiguos vecinos de Concepción. Los pobladores de aquella ciudad no sólo no la habían dejado abandonada a manos de los indios sino que la habían defendido durante cuatro años de guerra y de pena-

Dice en la estrofa 30 del canto xxxvi, y luego agrega:

"Cumplió el bárbaro isleño la promesa, Que siempre en su opinión estuvo fijo, Y por una encubierta selva espesa Nos sacó de la tierra como dijo. Voy pasando por esto a toda prisa, Huyendo cuanto puedo el ser prolijo; Aunque fueron muchos los trabajos, Es menester echar por los atajos".

tierra que dicen de los Coronados, en el cual camino pasé muy gran trabajo, atravesando mucha tierra adentro, hasta que llegué a un archipiélago, y por ser tan grande que llegaba desde la mar a la sierra no pude pasar más adelante, y por no tener barcas en que pasarlo, y así di la vuelta".

<sup>15</sup> Ercilla, empeñado en abreviar su relación, no consagra a la vuelta de los expedicionarios más que unos cuantos versos.

<sup>&</sup>quot;Pareciendo el camino aunque cerrado Fácil con la memoria del pasado".

lidades. Don García, para paliar el despojo de esos encomenderos, declaró nulas todas las concesiones hechas por Francisco de Villagrán, por cuanto este Gobernador no había tenido nombramiento real, sino sólo la delegación de poderes que le habían conferido los cabildos. Estas injusticias con que el Gobernador lastimaba los intereses de los viejos conquistadores para favorecer a los capitanes que habían venido a Chile en su compañía, dieron lugar a muchas quejas, y fueron el origen de numerosas acusaciones que ofendían el honor y la dignidad de don García. Como lo veremos más adelante, se dijo y, aun, se intentó probar judicialmente, que por medio de su servidumbre vendía por dinero las concesiones que hacía en nombre de la autoridad real que desempeñaba<sup>16</sup>.

 Proclamación de Felipe II como rey de España; don Alonso de Ercilla y don Juan de Pineda condenados a muerte por el Gobernador, y luego indultados

Después de esta penosa campaña a la región del sur, los expedicionarios llegaban a la Imperial a mediados de abril para tomar allí sus cuarteles de invierno. Encontraron en esta ciudad una noticia a que no podían dejar de dar gran importancia, y que, sin embargo, había llegado

<sup>16</sup> Crónica de Mariño de Lobera, lib. 1, cap. 10; Góngora Marmolejo, capítulo 29. Sumario del juicio de residencia seguido a don García en 1562, Ms.

<sup>17</sup> Don Antonio Ferrer del Río, al frente de la edición de *La Araucana*, publicada en Madrid en 1866 por la Real Academia Española, ha puesto una biografía de Ercilla, que es, sin disputa, la mejor que se conoce, pero que debiera rehacerse en la parte concerniente a Chile para corregir los errores de detalle que contiene en historia y en geografía. Hablando de los sucesos que vamos a narrar en el texto, dice en la biografía y más particularmente en la *llustración iv.* que ha puesto al fin de la obra, que es absurdo suponer que las fiestas que tuvieron lugar en Chile en abril de 1558 fuesen para celebrar la proclamación de Felipe II, que había tenido lugar más de dos años antes. Ferrer del Río cree más probable que esas fiestas tendrían por causa la noticia de la victoria alcanzada por las armas españolas en San Quintín, en agosto de 1557.

Aunque esta aseveración del ilustrado biógrafo español no merezca una larga rectificación, debemos detenernos un momento en este punto para demostrar cuán grande era la incomunicación de las colonias españolas con la metrópoli a mediados del siglo xvi.

El 16 de enero de 1556, el mismo día de su abdicación en Bruselas, firmaba Carlos V una circular en que comunicaba este suceso a todas las ciudades de sus reinos. El día siguiente firmaba Felipe II otra circular para anunciar su elevación al trono. En España, no se recibió la noticia sino a fines de marzo siguiente.

A América no llegó, sin embargo, sino un año después. El cabildo de México recibió los despachos reales el 5 de abril de 1557; y estando el Virrey ausente de la ciudad, se retardó la proclamación del nuevo soberano hasta el 4 de junio siguiente, como se lee en el padre Andrés Cabo, *Los tres siglos de México*, México, 1852, lib. IV.

Al Perú no llegaron las comunicaciones que avisaban tan graves ocurrencias sino a fines de julio de 1557. El 25 de este mes se hizo en Lima la jura solemne del nuevo monarca, como puede verse en el acta oficial de la ceremonia publicada por don Luis Torres de Mendoza en las pp. 395-402 del tomo iv de la Coleccion de documentos inéditos de Indias. Esta ceremonia, por los demás, ha sido extensamente descrita por Diego Fernández, en su Historia del Perú, Sevilla, 1571, part. II, lib. II, cap. 3.

Las comunicaciones entre el Perú y Chile eran, como sabemos, muy raras y, además, sumamente lentas, sobre todo en los viajes al sur. Así, mientras que un buque que iba de Valparaíso al Callao empleaba un mes en el viaje, gastaba a lo menos tres meses en la vuelta del Callao a Valparaíso. Aun, en la estación en que reinan constantemente los vientos del sur, de septiembre a marzo, solía emplearse un tiempo doble o más, como lo hemos señalado en algunos de los viajes de que hemos hecho mención antes de ahora. Se comprenderá, pues, cómo la noticia de la coronación de Felipe II no llegó a Chile hasta abril de 1558. El acta del cabildo de Santiago del 7 de ese mes, no deja lugar a duda a este respecto. Existe, además, en el Archivo de Indias de Sevilla la copia legalizada del acta de la proclamación hecha en La Serena el 8 de mayo de 1558, que contiene los más curiosos detalles sobre esa ceremonia.

a Chile con más de dos años de atraso. El 16 de enero de 1556 había renunciado Carlos V en Bruselas la corona de España en favor de su hijo Felipe II, y éste había tomado las riendas del gobierno<sup>17</sup>. La transmisión del mando de un soberano a otro, suceso de gran importancia y origen de ostentosas fiestas en los países monárquicos, tenía, aun, una significación mucho mayor bajo el régimen absoluto en que el carácter personal del monarca ejercía una influencia decisiva en la marcha del gobierno. El pueblo español, hostigado por las exacciones y los impuestos con que los mantenía gravado el Emperador para hacer frente a las continuas guerras europeas en que vivía envuelto, había celebrado con entusiasmo el advenimiento del nuevo soberano, aguardando una era de paz y de bienestar. Sus esperanzas, como sabemos, fueron burladas de la manera más cruel.

En las colonias de América, la elevación de Felipe II dio origen a aparatosas ceremonias, paseos de estandartes, jura solemne del nuevo soberano, paradas militares y fiestas religiosas. Apenas llegadas a Santiago las provisiones reales, el licenciado Hernando de Santillán, que mandaba en Santiago con el título de teniente gobernador, hizo celebrar la jura de Felipe II el 7 de abril, que era Jueves Santo, con toda la solemnidad conciliable con la escasa población de la ciudad y con sus mezquinos recursos. Un mes más tarde, el domingo 8 de mayo, el licenciado Juan de Escobedo, teniente gobernador en La Serena, celebraba en esta ciudad una fiesta análoga con el aparato y el lujo que le era posible emplear. En estas ceremonias en que se hacía de rodillas el juramento de fidelidad al nuevo monarca, los altos funcionarios de la colonia se empeñaban en revestir la autoridad real de un carácter sagrado.

Don García mandó preparar grandes fiestas en la Imperial para hacer la proclamación de Felipe II. Dispuso juegos de sortijas y de cañas, especies de torneos militares a que eran muy aficionados los capitanes españoles, y en que lucían su destreza en el manejo de la lanza y del caballo. En la metrópoli, los reyes y los príncipes tomaban parte en estos juegos con no poco peligro de su vida18. Don García Hurtado de Mendoza, con todo el ardor de la juventud y con la arrogancia de caballero y de soldado, tenía gran pasión por estas fiestas y por todas aquéllas en que podía ostentar su vigor y su agilidad. Preciábase de ser un eximio jugador de pelota, y creía que en el manejo de las armas no tenía rival en su campo. Así, pues, el día de la justa en la plaza de la Imperial, salió a caballo por una puerta excusada de su casa, con el rostro cubierto por la visera de su casco, como si quisiera no ser conocido en el palenque. Iban a su lado don Alonso de Ercilla y un caballero de Córdoba llamado Pedro Olmos de Aguilera. Otro capitán sevillano, llamado don Juan de Pineda, que también llegaba armado para tomar parte en la justa, metió atropelladamente su caballo entre los que · montaban los dos compañeros de don García. Aquel acto de juvenil atolondramiento podía ser también una provocación que entre aquellos impetuosos capitanes daba siempre lugar a riñas y pendencias. Ercilla, lleno de cólera, echó mano a la espada "nunca sin razón desenvainada", dice él mismo. El capitán Pineda sacó también la suya. La lucha se iba a empeñar entre ambos jóvenes, no por mero aparato como en el torneo que se preparaba, sino para lavar con sangre una ofensa que en el ardor del momento creían grave.

Nada era más fácil que impedir este duelo quijotesco, propio de jóvenes y de militares en un siglo en que la exaltación de las ideas caballerescas hacía dirimir con las armas en la

<sup>&</sup>lt;sup>18</sup> El adusto Felipe II fue en su juventud muy aficionado a estos juegos en que le gustaba lucir su pretendida maestría en el manejo de las armas. En 1550 recibió en Bruselas un golpe en la cabeza que lo trajo al suelo sin sentido, y que curó en parte su manía de luchar en justas y torneos.

mano las pendencias más frívolas. Habría bastado que el Gobernador les impusiese moderación para que aquel lance hubiese quedado cortado. Pero don García, sea que viese en la conducta de los capitanes un delito del más punible desacato a su autoridad o que creyese que aquel acto era la señal de un motín contra su persona, perdió toda calma, se puso furioso, y cogiendo la maza que pendía del arzón de su silla, arremetió contra los contendientes, descargando rudos golpes sobre los hombros de Ercilla, que era el que estaba más cerca, y profiriendo las más terribles amenazas. Los dos capitanes corrieron a asilarse a una iglesia que estaba vecina, pensando sustraerse así a la saña del encolerizado Gobernador<sup>19</sup>.

Pero don García no quiso respetar el sagrado asilo. Ercilla y Pineda fueron arrancados de la iglesia y entregados presos bajo la custodia del capitán don Luis de Toledo. Se les notificó que se preparasen a morir como cristianos, y por orden del Gobernador se dispuso todo para que en la mañana siguiente fueran decapitados en la plaza pública. Don García mandó que nadie le hablara de perdón. Los reos pasaron la noche recibiendo los auxilios espirituales de sus respectivos confesores como reos que aguardan una muerte inevitable.

La ciudad iba a presenciar una de esas sangrientas ejecuciones que contristan a todo el mundo. Ercilla y Pineda no habían cometido ninguno de esos crímenes que hacen odioso al reo, y eran, además, queridos por todos sus camaradas. Sin embargo, la sentencia o, más propiamente, el mandato del Gobernador, era irrevocable. Pero a la mañana siguiente, don García conmutaba la pena de muerte impuesta a aquellos dos capitanes por la de prisión hasta que se presentara la oportunidad de hacerlos salir del país desterrados a perpetuidad. Aunque los panegiristas del Gobernador se han empeñado en representarlo como un personaje inaccesible a toda influencia, y en especial a la de las mujeres, parece que fueron algunas señoras de la Imperial quienes alcanzaron que se suspendiese la ejecución<sup>20</sup>. Ercilla y Pineda fueron retenidos en prisión durante algunos meses, con cargo de asistir a las funciones de guerra, hasta que se presentó la oportunidad de embarcarlos para el Perú.

Este episodio, a que sólo hace alusión Ercilla en el canto xxxvi de La Araucana, ha sido contado con diversidad de accidentes por los cronistas primitivos. Nosotros seguimos principalmente a Góngora Marmolejo, cap. 29. Los panegiristas de don García, el padre Escobar, en la crónica de Mariño de Lobera, y Suárez de Figueroa, que escribieron cuando Ercilla había adquirido una gran nombradía con la publicación de su poema, se han empeñado en justificar por medios diversos al Gobernador. Don Miguel Luis Amunátegui, en un erudito artículo titulado "Hurtado de Mendoza i Ercilla", publicado en la Revista de Santiago (1872) tomo 1, pp. 248-262, ha comparado casi todas las diversas versiones que se han dado de este suceso. Por nuestra parte, vamos a transcribir la parte que a él se refiere, de un documento inédito hasta ahora, el proceso de residencia de don García Hurtado de Mendoza, seguido en Valdivia en 1562. Dice así:

"144. Ítem. Se le hace cargo al dicho don García que quiso matar con una porra en la ciudad Imperial a don Alonso de Arcila don Juan de Pineda; y fue tras ellos por los matar con ella, que fue y eran términos muy ajenos y fuera de justicia". El licenciado Juan de Herrera, juez de la residencia, le puso "culpa grave" por esta falta en la sentencia de la causa. Estas palabras confirman la versión de Góngora Marmolejo, que es la que seguimos nosotros.

<sup>20</sup> Góngora Marmolejo, capítulo citado. Según la crónica de Mariño de Lobera, la sentencia de muerte fue pronunciada por don Luis de Toledo, y don García suspendió la ejecución. Suárez de Figueroa pretende justificar a su héroe de otra manera. Dice que el Gobernador, creyendo que el arrebato de aquellos dos capitanes era la señal de un motín premeditado, los condenó a muerte; pero que convencido de que no había habido premeditación alguna, revocó su orden.

Dos cronistas de las órdenes religiosas han contado este mismo hecho con los errores de detalle que se encuentran en casi todas esas crónicas. Fray Antonio de la Calancha en su *Crónica moralizada de la órden de San Agustin en el Perú*, Barcelona, 1638, lib. II, cap. 33, y su continuador fray Bernardo de Torres en su *Crónica de la provincia peruana del órden de hermitaños de San Agustin*, Lima, 1657, p. 15, han supuesto una doble pendencia entre

#### 6. Captura y muerte de Caupolicán

La ciudad de la Imperial fue el asiento del gobierno durante algunos meses. Don García pasó allí todo el invierno descansando de las fatigas de las campañas anteriores y viviendo con la ostentación que era conciliable con el esado de pobreza de la colonia. Su casa, que debía ser una habitación modesta con techo de paja, tenía, según los contemporáneos, el carácter de un palacio por las guardias, por el ceremonial y por el boato y la largueza con que se trataba el Gobernador. La paz no fue interrumpida: los indios del distrito de la ciudad se mantenían tranquilos y sumisos.

No sucedía lo mismo en los términos de la vecina ciudad de Cañete. Reinoso, que mandaba allí, estaba obligado a vivir con las armas en la mano y a hacer por sí o por medio de sus capitanes, frecuentes correrías en los campos inmediatos para perseguir las partidas de indios guerreros que los recorrían sin cesar. Habiendo tenido noticia de que en una quebrada de la cordillera de la Costa había un campamento enemigo, y que allí debía hallarse Caupolicán, a quien se daba por uno de los jefes principales de la insurrección de los indígenas, Reinoso organizó una campeada que debía dar una resultado memorable.

Confió la empresa al capitán don Pedro Velasco y Avendaño, soldado valiente, infatigable para perseguir a los indios, y cruel para tratarlos después de la batalla. Avendaño apartó cincuenta buenos soldados, "los más de ellos vizcaínos", dice un antiguo cronista, y tomó por guías algunos indios conocedores del terreno, que se prestaron a acompañarlo con la esperanza de recobrar su libertad. Los expedicionarios partieron de Cañete poco después de anochecer para ocultar sus movimientos y para caer sobre el campamento enemigo antes de venir el día. El camino era detestable, áspero, accidentado, cubierto a trechos de espeso bosque. La noche oscura y tempestuosa casi no les permitía avanzar en su marcha. Sin embargo, nada podía contener el ardor de los soldados de Avendaño. Venciendo resueltamente todas esas dificultades, llegaron antes de amanecer a vista de una quebrada en que

Ercilla y Pineda, una en la plaza y otra al día siguiente en el recinto de la iglesia, donde desenvainaron sus espadas en presencia del Gobernador y de los sacerdotes, por cuyo escándalo se les condenó a muerte. Uno y otro, muy aficionados a propagar los más extraordinarios prodigios, suponen que el drama se desenlazó por un milagro, la intervención sobrenatural de san Agustín, que en la noche movió el corazón de don García a la clemencia, por cuya causa don Juan de Pineda se hizo fraile agustino el año siguiente en el convento de Lima. Son tales las invenciones de todo este pasaje en ambas crónicas que hay motivos para dudar hasta de la verdad de este último incidente, y para creer que este capitán es el mismo Juan de Pineda que murió poco después en la guerra araucana, bajo el gobierno del presidente Bravo de Savaria.

El proceso de residencia de don García, que hemos citado en otras ocasiones, explica la conmutación de la sentencia en los términos siguientes: "147. Ítem. Se le hace cargo al dicho don García que se gobernaba y gobernó por una doncella que es la que por la pesquisa secreta consta de su nombre, y se daban papirotes en las narices el uno al otro, jugando a... (no se entiende el manuscrito) estando a una ventana que los que pasaban los veían, y permitía y permitió que entrase dicha doncella de noche por una ventana, y estando encerrado en su casa, y habiendo mandado hacer justicia de don Alonso de Arcilla y don Juan de Pineda, por intercesión de la dicha doncella y otra mujer que fue con ella, lo dejó de hacer y se estuvo con ellas jugando toda la noche, estando los dichos caballeros confesándose para hacer justicia de ellos". Como en este juicio de residencia no se oyó a don García, no se halla la defensa que él habría hecho contra tales cargos, y que habría servido para dar más luz sobre este episodio. Sea como se quiera, no se puede reducir a más humanas proporciones el milagro de la aparición de san Agustín que cuentan los padres Calancha y Torres.

No es posible fijar la fecha precisa de estos sucesos, por falta de indicación segura en los documentos y en los antiguos cronistas, pero se puede asegurar que tuvieron lugar en la segunda mitad de abril de 1558.

estaban acampados los enemigos. Los fuegos de las rancherías de los indios no dejaban lugar a duda de que la fatigosa expedición se había logrado<sup>21</sup>.

Los indios estaban desprevenidos. Las condiciones topográficas del lugar, oculto en el corazón de una montaña cubierta de árboles, y en una áspera quebrada recorrida por un torrente; las dificultades del camino para llegar hasta ese sitio, y hasta la circunstancia de ser la noche sombría y lluviosa, habían dado a Caupolicán y los suyos tal confianza de que no podían ser sorprendidos allí, que contra la costumbre casi invariable de esos bárbaros, habían descuidado todas las medidas de precaución para estar advertidos de los movimientos del enemigo. A fin de no malograr el asalto y de impedir la fuga de los indios, Avendaño mandó desmontar su tropa y dispuso que sus soldados avanzasen a pie, sin hacer el menor ruido y que no empeñasen el ataque sino cuando las rancherías estuviesen rodeadas por todas partes.

El asalto se efectuó con la mayor regularidad. Los españoles, armados de espadas y de rodelas, atacaron las chozas de los bárbaros con el ímpetu irresistible que empleaban en tales casos, dando muerte a los primeros indios que quisieron salir a la defensa. Toda resistencia parecía inútil. Caupolicán, sin embargo, armado de una maza que manejaba con gran vigor, trató de defenderse resueltamente. Herido en el brazo por una cuchillada, le fue forzoso entregarse prisionero. Igual suerte corrieron los otros indios que no habían muerto en el primer momento de la lucha. El aprehensor de Caupolicán fue un mestizo, natural del Cuzco, llamado Juan de Villacastín, que figuraba entre los más valientes soldados españoles.

La captura del caudillo araucano debía tener una gran importancia a juicio de los conquistadores. Sin embargo, al principio los castellanos no conocieron todo el valor de la presa que habían hecho. Caupolicán ocultaba obstinadamente su nombre, y sus compañeros se guardaron bien de revelarlo. Todos ellos fueron amarrados con fuertes ligaduras para ser conducidos a Cañete. Cuando los soldados saqueaban y destruían las chozas de los indios, distinguieron a una mujer con un niño en brazos que a carrera tendida quería salvarse en el bosque vecino. Alcanzada en su fuga, y traída a la presencia de los españoles, la india, al descubrir a Caupolicán entre los presos, prorrumpió en horribles imprecaciones, reprochando sobre todo al cacique prisionero su cobardía por haberse dejado tomar vivo. "No quiero dijo, ser la madre del hijo de un padre infame" y agitada por la más vehemente exaltación, arrojó al sue-

"Que yo no quiero título de madre Del hijo infame del infame padre".

dice Ercilla al terminar el discurso que pone en boca de la india, en el canto xxxIII, est. 83. El poeta refiere que el niño fue recogido por los españoles y dado a criar a otra mujer. La crónica de Mariño de Lobera, lib. II, cap. II, arreglada después de la publicación de La Araucana, consigna el mismo hecho y cuenta que la india lanzó al niño sobre "un peñasco haciéndolo pedazos cruelmente", circunstancia que ha sido reproducida por Suárez de Figueroa, sin más aditamento que dar el nombre imaginario de Guedén a aquella mujer, a quien Ercilla nombra Fresia. Góngora Marmolejo no consigna este episodio al referir la captura de Caupolicán, lo que hace sospechar que toda la historia de la india sea una ficción poética de Ercilla. Sea como se quiera, la historia lo ha recogido como verdad.

<sup>&</sup>lt;sup>21</sup> Aunque Ercilla no tomó parte en esta empresa, recogió las noticias de sus camaradas y ha formado de la captura y muerte de Caupolicán, uno de los más hermosos cuadros de su poema en los cantos xxxIII y xxxIV. Refiere que fue un solo indio el que se ofreció a llevar a los españoles al campamento enemigo, y supone que ese indio traidor no quiso por ruegos ni por amenazas llegar hasta el mismo sitio en que estaba Caupolicán, limitándose con recomendar a los castellanos que siguiesen el curso de un arroyo. El poeta ha querido con este accidente, que parece de pura invención, dar realce a la figura del jefe araucano, pintando el terror que inspiraba a los mismos que lo entregaban en las manos de los españoles.

lo al niño que llevaba en sus brazos. Era una de las mujeres de Caupolicán. Este rasgo de varonil energía, que tal vez es una simple ficción poética del insigne cantor de *La Araucana*, le ha dado un lugar brillante en las páginas de la historia de aquella lucha heroica.

Al caer la tarde entraba Avendaño a Cañete con los prisioneros cogidos en el combate. Fue aquél un día de regocijo y fiesta para todo el campamento español. Parece que desde el primer momento quedó decidida la suerte del caudillo araucano. Caupolicán debía morir en un aparatoso y cruel suplicio para escarmiento de los indios rebeldes. Un antiguo cronista cuenta que la ejecución se retardó algunos días; que el cacique prisionero se dio trazas para demorarla ofreciendo entregar algunas prendas que habían pertenecido a Valdivia: el casco, la espada y una cadena de oro con un crucifijo; que Reinoso aguardó en vano que un mensajero trajese estos objetos, y que convencido de que todo aquello era "entretenimiento y mentira", dio la orden de muerte<sup>23</sup>.

La historia consigna la relación del suplicio de Caupolicán con todos los dramáticos incidentes de que lo ha revestido Ercilla para dar más realce al héroe de su epopeya. El caudillo araucano despliega en estas circunstancias la más noble entereza. Descubre lleno de orgullo su verdadero nombre, se declara el enemigo implacable de los españoles y el autor de la muerte de Valdivia, y sin desdoro de su dignidad, pide que se le perdone la vida. Sabiendo que debe morir sin remedio, conserva su serenidad, recibe cristianamente el agua del bautismo, y perece tranquilo e inalterable en medio de los mayores tormentos, sin lanzar un quejido, sin dejar ver en el rostro el menor signo de dolor.

Las cosas pasaron probablemente de muy diversa manera. Sin duda, Caupolicán demostró en este último trance la obstinada entereza con que los guerreros de su raza afrontaban la muerte, y con que sufrían los más crueles y refinados martirios; pero su ejecución no debió estar rodeada de los accidentes con que el poeta ha embellecido su cuadro. Es, sin embargo, fuera de duda que el suplicio de Caupolicán fue verdaderamente horrible. Se le hizo morir empalado, es decir, se le sentó en un palo aguzado que introduciéndose en su cuerpo, le destrozó las entrañas y le arrancó la vida en medio de los más crueles sufrimientos. Un numeroso concurso de gente presenciaba en la plaza de Cañete este bárbaro suplicio. Un cuerpo de indios auxiliares lanzaba sus saetas sobre el caudillo moribundo. Los españoles creían indudablemente que esta salvaje ferocidad iba a decidir la pacificación de la tierra<sup>24</sup>.

<sup>&</sup>lt;sup>23</sup> Góngora Marmolejo, cap. 28.

<sup>&</sup>lt;sup>24</sup> Un cronista posterior, el padre Diego de Rosales, que incurre en muy numerosos y graves errores en todo lo que se refiere a la conquista, al referir la muerte de Caupolicán, en el cap. 19, del libro iv de su *Historia jeneral del reino de Chile*, sigue casi fielmente la relación de Ercilla; pero supone que habiéndose convertido al cristianismo el caudillo araucano, se le conmutó la pena de empalamiento en la de garrote, y que, por tanto, murió ahorcado. Esta versión enteramente antojadiza, no tiene la menor seriedad ni puede apoyarse en documento alguno, ni en ningún cronista primitivo. El suplicio de Caupolicán en el palo en que se le hizo expirar, es un hecho que no puede ponerse en duda. Ercilla lo contaba en la tercera parte de *La Araucana*, publicada en 1589. Góngora, que escribió su libro en 1575, y que, por tanto, sólo conoció la primera parte de ese poema, que era la única que se había publicado entonces, refirió el mismo hecho en el cap. 28 de su *Historia de Chile*, que, como sabemos, permaneció inédita, y no ha sido conocida sino en nuestro tiempo. Así, pues, dos contemporáneos de esos sucesos, que los refirieron algunos años más tarde, sin tener la menor comunicación entre sí, y sin saber lo que escribía el otro, refirieron la misma cosa. Los panegiristas de don García, el padre Escobar y Suárez de Figueroa, empeñados en disimular los horrores de su gobierno, aunque escribieron después de Ercilla, no se han atrevido a desmentirlo en ese pasaje, pero se limitan a decir que Caupolicán sufrió la pena capital sin especificar el suplicio.

La personalidad de Caupolicán, realzada sobre todo por el poema de Ercilla, aparece mucho más pálida a la luz de la crítica y de la historia. Los mismos españoles del tiempo de la Conquista, acostumbrados a ver ejércitos más o menos organizados y con un jefe a la cabeza, no acertaban a comprender que la sublevación de los indios de Chile fuese el levantamiento en masa de muchas tribus que se reunían para dar una batalla, pero que no tenían cohesión suficiente para someterse a la voz de un caudillo reconocido por todas ellas. De ahí provino, sin duda, la idea de suponer a la insurrección araucana la existencia de un jefe superior, y de atribuirle la dirección del levantamiento y de todas las operaciones militares. Seguramente Caupolicán no fue más que uno de esos caudillos de tribu. Se ilustró en una o más jornadas de la guerra; y por su valor y por su constancia, llegó a tener cierto ascendiente entre sus compatriotas. Su crédito y su importancia fueron exaltados por los españoles cuando en la embriaguez de sus triunfos, tuvieron la ilusión de creer que la captura y la muerte de ese cacique importaba el término definitivo de la conquista. Los documentos antiguos hablan raras veces de él. Su nombre no está comprobadamente ligado a más que a uno que otro hecho de la insurrección; pero su gloria, basada, sobre todo, en los magníficos cantos de La Araucana, es indestructible. Caupolicán es para la posteridad el heroico defensor de la independencia de su patria y el organizador de una resistencia indomable, que era en realidad la obra espontánea de la masa de la población indígena<sup>25</sup>. Pero cualquiera que

Parece que el suplicio de Caupolicán excitó el horror de muchos de los contemporáneos. Así, Ercilla al terminar de referirlo, agrega:

"Que si yo a la sazón allí estuviera, La cruda ejecución se suspendiera".

Aunque esta ejecución fue ordenada por Reinoso, sin conocimiento del Gobernador, no es extraño que los panegiristas de éste quisieran encubrirla.

No sucede lo mismo con el accidente del bautizo de Caupolicán. Góngora Marmolejo no dice una palabra de él; pero lo refiere Ercilla y lo han copiado el padre Escobar y Suárez de Figueroa. La idea de que el caudillo araucano, prisionero y encadenado, se dejó instruir por los frailes españoles en los dogmas del cristianismo, y que regularmente impuesto de ellos pidió el bautismo, podía ser muy del gusto de los lectores del siglo xvi, pero es inaceptable para los que conocen el carácter y la condición moral de esos bárbaros.

No hay dato alguno para fijar la fecha exacta del suplicio de Caupolicán; pero es indudable que tuvo lugar a entradas del invierno de 1558.

<sup>25</sup> Después del primer estallido de la insurrección araucana, de la muerte de Valdivia y de la derrota de Villagrán en Marigueñu, los españoles daban por instigador y jefe del levantamiento al indio Lautaro. Así se anunció en Santiago, y así se comunicó al Perú. Los cronistas Diego Fernández y Antonio de Herrera que en vista de los primitivos documentos escribieron lo que acerca de estos sucesos cuentan el primero en su Historia del Perú, y el segundo en su Historia jeneral, no hablan más que de Lautaro, y no nombran una sola vez a Caupolicán. El cronista Góngora Marmolejo, contemporáneo de esos sucesos, y que escribía en presencia de las noticias de cada día, no menciona a Caupolicán casi más que para contar su muerte. El héroe principal, o único, del levantamiento de los araucanos y de sus grandes triunfos, es, según él, Lautaro.

El más antiguo documento en que he visto el nombre de Caupolicán data de 1558, del mismo año de su muerte. Es la carta del gobernador Hurtado de Mendoza al Virrey su padre. Cuenta allí que ese cacique era uno de los principales capitanes de los indios sublevados, y que envió mensajeros para desafiar al gobernador español, amenazándolo con que haría con él lo mismo que había hecho con Valdivia. Entonces había muerto Lautaro, y los españoles, persuadidos siempre de que los indios tenían un jefe superior y único, asignaron este puesto a Caupolicán, que, sin duda, no era más que uno de los numerosos caudillos, quizá el más prestigioso. Pero quien ha creado por completo la alta y tradicional personalidad de Caupolicán, es don Alonso de Ercilla. Tratando de conciliar el efecto épico con la narración de los sucesos históricos, ha hecho intervenir a ese caudillo en casi todos los accidentes de

sea su papel en la insurrección de los indios, la historia no puede aceptar como verdaderas las noticias que se dan de grandes combinaciones estratégicas de éstos, de operaciones concertadas de dos o más cuerpos de tropas para obrar simultáneamente en diversos puntos del territorio, ni nada que suponga una previsión anticipada de largo tiempo. El poder de los indios consistía en su arrojo, superior a todo peligro; en la constancia inalterable aun después de los mayores contrastes, y en su astucia para aprovechar las circunstancias del momento en una emboscada o en un asalto. Si además de estas dotes hubieran poseído la inteligencia para combinar planes más vastos y ataques simultáneos, y sobre todo cohesión de todas las tribus para hacerlos ejecutar, en pocos meses se habrían desligado de sus opresores, a pesar de la superioridad de éstos en estrategia y en elementos de guerra.

#### Batalla de Quiapo

Por el momento pudieron creer los españoles que la captura y muerte de Caupolicán había puesto término a la guerra. Después de batallar incesantemente todo el verano, los indios se mantuvieron quietos durante el invierno de 1558. Aun muchos de ellos, acosados quizá por el hambre, fingieron dar la paz, frecuentaron las ciudades españolas y se mostraban inclinados a vivir en sujeción. Pero, apenas llegada la primavera, cuando los españoles intentaron construir otras habitaciones en Cañete, los indios comenzaron a inquietarse de nuevo y a reunirse en los campos vecinos en actitud hostil. El gobernador de la plaza, el capitán Alonso de Reinoso, debió comprender entonces que la ejecución de Caupolicán había sido un sacrificio estéril, y que la muerte de un caudillo, por grande que fuese el prestigio que le suponían sus enemigos, no ponía término a la rebelión.

Alarmado con la actitud de los indios, Reinoso mandó en el mes de octubre reforzar y ensanchar el fortín de Cañete a fin de estar prevenido para la defensa. Hizo salir algunos destacamentos para recorrer las inmediaciones, pero las noticias que éstos comunicaban eran por demás alarmantes. Uno de esos destacamentos, mandado por Rodrigo Palos, había sido desbaratado en la quebrada de Cayucupil con pérdida de algunos caballos. En vista de este peligroso estado de cosas, Reinoso envió dos mensajeros a dar cuenta a la Imperial de aquellas ocurrencias. Don García despachó en el momento un refuerzo de cincuenta hom-

la insurrección desde sus primeros días, haciéndolo elegir general de los indios y suponiéndole una intervención que no consta de los documentos ni de las crónicas. Sin el poema de Ercilla, y estando reducidos a no conocer los hechos de la conquista más que por las otras fuentes, Caupolicán sería una figura descolorida y muy subalterna, lo que no sucedería con Lautaro cuyas campañas constan de los documentos y de las crónicas primitivas.

Sin embargo, el poder del genio poético de Ercilla ha formado un héroe cuya gloria y cuya popularidad son indestructibles. El padre Escobar, rehaciendo en Lima la crónica de Mariño de Lobera, aceptó de ordinario la versión de Ercilla, y dio importancia a la personalidad de ese caudillo. Suárez de Figueroa, escribiendo en Madrid en 1613 los Hechos de don García Hurtado de Mendoza, fue más lejos todavía. Cediendo al gusto literario de su tiempo, ha hecho un retrato fantástico de Caupolicán, de formas retóricas, calcadas sobre los retratos que se hallan en los historiadores del siglo de oro de la literatura latina, que también sirvieron de modelo a Mariana y a Solís. "Así feneció, dice Suárez de Figueroa, este varón (Caupolicán) lustre de su patria, y en razón de gentil el más digno que entre ellos se conocía entonces. Fue, mientras vivió amador de lo justo, desapasionado premiador, templado en el vino, blandamente severo, ágil, animoso y fortísimo por su persona. Observó pocas palabras. No le alteró la próspera fortuna, ni le aniquiló la adversa, mostrando hasta en la muerte la magnanimidad que tuvo en la vida". Nos parece imposible forjar un retrato menos apropiado al asunto y al personaje.

bres bajo las órdenes de don Luis de Toledo. Este auxilio fue tan oportuno, que los indios que preparaban un ataque a la ciudad en esa misma noche, desistieron de su proyecto al ver a los castellanos convenientemente reforzados.

Tres días después llegaba el Gobernador a Cañete con doscientos hombres. La situación de los españoles cambió por completo en las inmediaciones de la ciudad. Pudieron continuar los trabajos iniciados en la construcción de casas; pero luego supieron que los infatigables araucanos se reunían otra vez en son de guerra y en número bastante considerable para recomenzar la lucha. "Dio pena a todos, dice el cronista Góngora Marmolejo, ver que de nuevo se había de volver a hacer la guerra". En efecto, era preciso abrir los ojos a la luz de la evidencia. El sometimiento de los indios había sido una simple ilusión de los conquistadores. Convencidos los indios de que no podrían asaltar la ciudad de Cañete, que se hallaba bien guarnecida, se habían retirado a la costa vecina, y establecido su campo en un lugar llamado Quiapo. Detrás de un gran barranco y de ciénagas y pantano de muy difícil paso para la caballería, construyeron una extensa trinchera de palizadas en que podían defenderse ocho mil hombres. Los indios reunieron allí junto con las armas que ellos usaban, los cañones y arcabuces que habían quitado a los españoles en los anteriores combates, y tenían, además, alguna pólvora con que habrían podido utilizarlos. Pero esos bárbaros se habían formado tal idea del mecanismo de las armas de fuego que no tenían la menor noción de sus alcance ni comprendían que era menester apuntarlas cuidadosamente para que los tiros pudiesen herir al enemigo.

Don García no vaciló en ir en persona a atacar a los indios en su campamento de Quiapo. Dejó setenta hombres para la defensa de Cañete bajo las órdenes del capitán Juan Martín de Riva, y él partió para la costa con Alonso de Reinoso a la cabeza de trescientos soldados. Después de dos jornadas de marcha, los españoles llegaron a la vista de las posiciones enemigas y trataron en vano de someter a los indios por medio de mensajeros de paz. Reconocido el terreno, colocaron convenientemente sus tropas, y en la noche del 13 de diciembre de 1558 rompieron el fuego de cañón con bala rasa y con alcancías, nombre que los españoles daban a ciertas ollas de barro llenas de alquitrán y de otras materias encendidas destinadas a comunicar el fuego en el campo enemigo. Los efectos de este bombardeo no fueron apreciables. Los indios que también hacían sus disparos sin el menor acierto²6, lanzaban sin cesar los más espantosos alaridos de provocación y de guerra, y se tiraban al suelo, de manera que las balas de los españoles pasaban sin herirlos. Por otra parte, don García no llevaba más que dos cañones, y ésos eran de tan poco calibre que las balas no pudieron romper las palizadas enemigas.

En la mañana siguiente (14 de diciembre) fue necesario empeñar el ataque de una manera más eficaz y decisiva. Don García dividió sus tropas en dos cuerpos, tomó personalmente el mando de uno de ellos para atacar de frente, y confió el otro, compuesto principalmente de infantes, al capitán Gonzalo Hernández Buenos Años para que ocultando sus movimientos por medio de un rodeo, cayera sobre la espalda del enemigo cuando estuviera empeñado el combate. En la noche se habían construido apresuradamente puentes portátiles de madera para pasar el barranco que se extendía en frente de las trincheras enemigas.

<sup>&</sup>lt;sup>26</sup> Este hecho consta de la relación sin fecha de don García que hemos citado.

La pelea se empeñó como estaba dispuesto. Don García, dejando defendido su campo, embistió resueltamente contra las posiciones de los indios, y fue a estrellarse contra las palizadas donde se sostuvo el combate con todo tesón. Algunos cuerpos de indios que le habían salido al paso, fueron arrollados por los españoles, y en su persecución comenzaron a entrar éstos en las posiciones enemigas abriéndose camino en las palizadas. Cuenta un viejo cronista que hubo un momento en que el Gobernador se halló en el mayor peligro por haberse adelantado a los suyos, pero que luego llegaron algunos de éstos y entre ellos aquel italiano Andrés, que se había hecho tan famoso por su valor y sus fuerzas físicas, y que ellos contuvieron el ímpetu de los bárbaros. A pesar de todo, las situación de los castellanos era crítica, y su derrota habría sido quizá inevitable, si la otra división no llega en tiempo oportuno a cumplir el encargo que se le había dado.

Hernández Buenos Años, en efecto, no se había quedado atrás. Sin ser visto por el enemigo a quien tenía muy ocupado el combate de frente, atravesó una ciénaga, y llegando a las palizadas del fuerte, arrancó algunos postes dando paso franco a sus soldados. Una vez allí rompen el fuego de arcabuz sobre los indios y producen entre ellos la más espantosa confusión. Viéndose estrechados por todas partes, los bárbaros trataron de retirarse a una quebrada cubierta de cañas, donde esperaban repararse; pero perseguidos sin descanso, se dispersaron en completa desorganización dejando el campo sembrado de cadáveres y un número considerable de prisioneros. El terrible Reinoso fue inflexible en el castigo de aquellos infelices. Más de setecientos de ellos fueron ahorcados sin piedad en el mismo campo de batalla. El mismo don García, que había comenzado la guerra proclamando los principios de humanidad, y que había querido reducir a los indios con palabras de paz y con la predicación evangélica, estaba convencido de la absoluta inutilidad de esos medios. En el recinto del fuerte ocupado por los indios, hallaron los españoles una abundante provisión de víveres y de armas y los arcabuces y cañones de que se habían apoderado en los anteriores combates<sup>27</sup>.

La crónica de Mariño de Lobera dice en esta parte que entre los despojos quitados a los indios en esta jornada se hallaron cinco cañones de bronce perdidos por los españoles en Marigueñu. La carta relación en que don García hace la reseña de sus servicios habla sólo de dos cañones.

Esa crónica, así como otras relaciones encomiásticas de don García, aplauden en esta ocasión la humanidad del Gobernador, que mandó suspender la ejecución de algunos de los prisioneros condenados a muerte por Reinoso. El hecho de que fueron ejecutados setecientos indios está consignado por Góngora Marmolejo. Además, en el proceso de residencia tantas veces citado, se lee lo siguiente: "150 Ítem. Se le hace cargo al dicho don García que acabado de vencer a los indios de Arauco permitió y consintió que matasen estando él presente más de cien indios, y los ahorcaban los soldados, y les ponían en un hoyo la cabeza abajo y los pies arriba, y así los mataban, que fue gran inhumanidad matar a su presencia los indios vencidos".

<sup>&</sup>lt;sup>27</sup> Ercilla, aunque retenido todavía en prisión, se halló en la batalla de Quiapo, pero sólo la menciona al fin de su poema, al contar que poco después fue embarcado en un buque mercante que se hacía a la vela para el Perú. En cambio, Góngora Marmolejo en el cap. 30 y la crónica de Mariño de Lobera, lib. II, cap. II, la refieren extensamente, aunque con algunas divergencias en los detalles. A pesar de estar basada en esta última crónica, la descripción del combate hecha por Suárez de Figueroa es infiel, confusa y oscura. En cambio, la más clara y comprensiva es la de Góngora Marmolejo.

#### 8. Repoblamiento de Arauco y de Angol

Este espantoso desastre produjo entre los indios el supersticioso convencimiento de que don García era invencible. "En ventura de este mozo, sucede bien todo lo que manda", decían aquellos bárbaros²8. Fingieron, por tanto, mostrarse de paz, esperando que se presentara otra ocasión de volver a tomar las armas con ventaja. De nuevo creyeron los españoles que la comarca quedaba pacificada y, en efecto, durante más de un año reinó una tranquilidad turbada sólo por alteraciones parciales y de poca consecuencia.

Terminadas las fiestas religiosas que invariablemente hacía celebrar el Gobernador después de cada victoria, para dar gracias al cielo por la protección que le dispensaba, se trasladó con sus tropas al sitio en que Valdivia había fundado en años atrás el fuerte de Arauco. Allí mandó levantar una nueva fortaleza, capaz de contener una guarnición considerable y con espaciosas caballerizas. Esta construcción, en que se hacía trabajar a los indios, avanzó rápidamente. Teniendo que atender a los asuntos administrativos de la colonia, el Gobernador partió para Concepción a mediados de enero de 1559, dejando al capitán Reinoso el mando de las tropas que quedaban al sur del Biobío. Alonso de Reinoso había sido elevado al rango importante de maestre de campo. El capitán Juan Remón, que desempeñó este cargo en los primeros días de la campaña, había dado la vuelta al Perú, al parecer disgustado con don García, cuyo carácter altanero humillaba a sus subalternos.

La residencia del Gobernador en Concepción fue señalada por varias medidas de administración interior, de algunas de las cuales tendremos que ocuparnos más adelante; pero no se descuidaron tampoco los intereses de la guerra o, más propiamente, de la pretendida pacificación del país. Los primeros días de tranquilidad relativa, cuando los conquistadores pudieron obligar a los indios a concurrir a los trabajos de los campos y de los lavaderos de oro, renacieron las ilusiones de grandes riquezas en tales o cuales puntos del territorio, y la ambición de ocupar otros. Solicitado por los antiguos encomenderos de los llanos de Angol, donde Valdivia había fundado la ciudad de los Confines, don García mandó que el capitán don Miguel de Velasco con cuarenta soldados fuese a repoblarla. Diósele el nombre de los Infantes de Angol.

Todo hacía creer que se abría para los españoles una época de bonanza en aquella región. Don García, participando de esta confianza, pasó todo el invierno en Concepción en medio del boato de su pequeña Corte, viviendo en una espaciosa casa que había hecho construir cerca del mar, estimulando el trabajo de los campos y de las minas y repartiendo sus favores y sus dones entre los más fieles de sus servidores. En la primavera visitó de nuevo los establecimientos del otro lado del Biobío<sup>29</sup>; pero cuando creía que sus servicios iban a ser

<sup>&</sup>lt;sup>28</sup> Góngora Marmolejo, cap. 30.

<sup>&</sup>lt;sup>29</sup> El 31 de agosto de 1559 databa en Arauco una carta al Consejo de Indias que se conserva en los archivos de Sevilla. En ella daba cuenta en términos generales de los progresos de la pacificación, y se extiende sobre todo en explicar los gastos personales que ha hecho en la conquista.

Los últimos sucesos de las campañas de don García, bastante claros en los libros de los cronistas primitivos, Góngora Marmolejo y Mariño de Lobera, y en la biografía escrita por Suárez de Figueroa, se encuentran envueltos en las más enredadas complicaciones en las obras de los cronistas e historiadores de fines del siglo pasado. Así, el capítulo 8 del libro III del Compendio de la historia civil del reino de Chile de don Juan Ignacio Molina, casi no contiene un solo hecho que pueda encuadrarse en la verdadera historia. Esta confusión es todavía mucho mayor en la obra inédita todavía de don José Pérez García, en que, sin embargo, se descubre en otras partes un espíritu

generosamente remunerados por la Corona, recibió las desconsoladoras noticias de que hablaremos más adelante.

investigador. La Historia de Chile, que lleva el nombre de don Claudio Gay, adolece, al referir estos sucesos, de los mismos o mayores defectos. Esta historia, bastante buena en los capítulos referentes a Valdivia, que fueron escritos por el mismo Gay, decae extraordinariamente en toda la segunda mitad del tomo primero. Este laborioso sabio, agobiado por el trabajo que le imponía la organización de la parte de su obra referente a la historia natural, suspendió la redacción de la historia civil poco después de la muerte de Valdivia, y encomendó este trabajo al literato español don Pedro Martínez López que hasta entonces había sido el traductor de sus manuscritos. Martínez López, falto de preparación para esta obra, casi no hizo más que dar una forma diferente y revestir con un lenguaje pretencioso y lleno de arcaísmos, a la historia de Pérez García, exagerando en esta parte sus errores.

El origen de los errores de Molina y de Pérez García es el haber dado crédito de historia a la continuación de La Araucana por Santisteban Osorio, poema pobrísimo bajo el aspecto literario y en que no hay un solo hecho verdadero. Al hablar más adelante de los historiadores de este primer período, tendremos ocasión de volver sobre este punto.